

**Sarmiento Ramírez, Ismael y María González Blanco. *Resistencias al control esclavista: suicidios, abortos e infanticidios en la América española*. Cátedra, 2022. 201 pp.**

---

CLEMENTINE NGO MBEB  
UNIVERSIDAD DE MAROUA-UNIVERSIDAD DE OVIEDO

La esclavitud como institución ha sido considerada entre las mayores maquinarias de producción de sufrimiento y tortura en la historia de la humanidad. Desde la violencia, el desgarró y el trauma que supone la captura, las largas travesías, las ventas y los múltiples destinos ocupacionales, los esclavizados fueron deshumanizados por siglos. Se cifran en millones los negroafricanos deportados de sus tierras y llevados a América para realizar trabajos forzosos, principalmente en las minas y plantaciones. De ese hito de la Historia Universal se hacen eco Ismael Sarmiento Ramírez y María González Blanco en *Resistencias al control esclavista: suicidios, abortos e infanticidios en la América*. Los autores ponen de manifiesto los estragos de la esclavitud y sus corolarios en la población esclavista de la América Colonial.

El libro cuenta con un prólogo escrito por Zoe Cremé Ramos, directora del Centro cultural africano Fernando Ortiz, de Santiago de Cuba, una introducción, tres capítulos, las conclusiones y una sección con las fuentes archivísticas y la bibliografía utilizada. Además, cabe destacar la inclusión de ilustraciones, que sirven para ejemplificar los diferentes testimonios de época y fortalecer, desde lo visual, las descripciones que estos autores también realizan. De esta forma, dejan constancia de que la esclavitud trajo consigo todos los estigmas del color, aparejado con un odio visceral que, como otras maneras más de opresión, despertaron en los esclavizados y sus descendientes múltiples formas de resistir al poder colonial.

En la introducción aparecen los objetivos de la investigación, la metodología de análisis que se aplica, el cómo está estructurado el libro y el porqué de los conceptos empleados. El primer capítulo, titulado “Resistencias esclavas”, distingue las dos formas de resistencias al control esclavista: las activas y las pasivas. Las primeras son más visibles y están más estudiadas, resaltado el fenómeno del *cimarronaje*; las segundas se manifiestan entre sus múltiples formas a través de suicidios, abortos e infanticidios, en los que profundizan Sarmiento y González, subrayando que, en la América Española, debido a la condición socioreligiosa de los esclavos, fueron enterrados en camposantos, fosas comunes, campos abiertos y márgenes cenagosas, muchos sin ningún tipo de ritual previo. A esto se sumaba la incautación por parte de sus propietarios de los pocos bienes con que contaban los difuntos. En el estudio se acentúa que aquella praxis se mantuvo en vigor hacia el siglo XVIII, ya que a partir de entonces se consideró desde las ordenanzas reales de Castilla que esta sanción tenía un gran efecto negativo en las familias de las víctimas. Por otro lado, los autores, además de conceptualizar, ejemplifican las diferentes maneras de resistencias pasivas contra los esclavistas, enfatizándose el suicidio como

forma de liberación, lo que fue una práctica común dentro de este representativo sector de la población americana.

En el segundo capítulo, “Los suicidios y sus generalidades en la América española”, se brinda una visión más amplia del fenómeno del suicidio en la América española, con especial interés en el caso de Cuba, al ser donde la Corona mantuvo este sistema de explotación por más tiempo, hasta 1886, y donde más repercusiones alcanzaron estos tipos de muertes voluntarias. Subrayan, asimismo, que la década de los 40 del siglo XIX marcó un punto de inflexión para la cuestión.

El tercer capítulo, “El aborto y el infanticidio como forma de resistencia de las esclavizadas”, aporta información novedosa para el estudio de estas dos variables de rebeldía. En él, los autores presentan las causas de los abortos, pasando por las acciones punitivas que las afectaron y que fueron resultados de violaciones, restricciones, castigos y matanzas, como un método para aplastar cualquier forma de resistencia. De esta forma, destacan que las ordenanzas de 1.577 inculcadas por los Cabildos de Santiago de Chile y de Cartagena de Indias fueron las más duras que se dieron en la América española, en cuanto a lo que a castigos de los esclavos se refiere. Mención aparte es lo que constituyen las miradas críticas al fenómeno de la prostitución que, de igual manera, formaba parte del andamiaje de ganancias diseñado por los amos, con el fin de obtener el máximo dividendo a costa de las esclavas a corto plazo.

A modo de cierre, se brinda una visión crítica de tal sistema macabro, que confronta con las resistencias de los negros, quienes, ante el crecimiento de la población esclavizada, intentaron poner un alto a aquella avanzada maquinaria que más tarde se intensificó con el trabajo infantil que perseguía iguales fines. Desde entonces, para quienes se ven inmersos como afectados en este conmovedor retrato de la esclavitud en la América colonial, es más evidente la conexión con aquel colectivo deshumanizado y explotado.

Considero esta investigación una aportación valiosa que perfila una nueva línea de investigación desde la complementariedad temática y la interdisciplinariedad de las ciencias sociales y humanísticas. Destaca, además, una nutrida y actualizada historiografía que aborda el tema desde una perspectiva crítica y una preocupación por cuestiones tan relevantes para el avance del conocimiento sobre el reciente pasado esclavista. Así, en su contenido destacan las visiones de los propios afectados, aquellos transportados por los barcos negreros, la impronta de dicha esclavitud, el hundimiento de las culturas africanas y el amplio espectro de personas inmiscuidas en este comercio ilegal de personas.

En síntesis, este libro, más que ser una fuente para los que quieren aproximarse a esta temática interdisciplinaria y multifocal, constituye un acervo de saberes y, sobre todo, suscita más cuestionamientos, aun cuestiones acerca de una época ignominiosa cuyas manifestaciones hoy siguen perviviendo desgraciadamente bajo diversas formas y en varias partes del mundo. Basta con echar un vistazo en las historias de vida de aquellas personas sometidas a trabajos

forzosos; a aquellas mujeres viviendo bajo el peso del patriarcado en muchas sociedades de África y que, por el mero hecho de ser mujer, son consideradas como personas aparte; a esos millones de migrantes buscando mejores condiciones de vida, vendidos como esclavos y obligados a trabajar en condiciones deshumanizantes y en beneficio del amo; a esas minorías, expuestas al matrimonio forzoso y a la explotación sexual; a esos niños que por su condición miserable se ven obligados a trabajar por cuenta ajena. Todos esos ejemplos se inscriben en la complejidad que constituye el análisis del fenómeno de la esclavitud desde lo visual de un pasado-presente en las veinticuatro ilustraciones incluidas en este libro. Cinco de ellas son ya conocidas: la *Puerta de salida de los esclavos para trasladarlos al barco negrero en la Isla Gorée, Senegal*; el *Esquema del barco negrero Brookes que transportaba 454 esclavos*; la *Representación del interior de un barco negrero*; el *Barco negrero*, un óleo/madera, pintado por Manuel Mendive; la *Distribución de las mercancías y los bozales en el barco La Marie Séraphique*; *Bocabajo. Castigo a un esclavo colocado en una escalera*. Las diecinueve restantes son dibujos al carboncillo/cartulina, realizados por Jorge Félix González Céspedes, específicamente, a raíz de lo recogido en esta investigación: *Esclavo fugitivo: cimarrón atacado por perros entrenados como feroces victimarios por el rancheador*, inspirado en esta frase de Esteban Montero: “El perro que veía a un negro le corría atrás” (Barnet, 1966: 47) y en el “El cimarrón”, 1884, óleo/tela de Víctor Patricio de Landaluce y Esteban Chartrand (Ortiz, ilustr. 38); *Esclavizados arrojándose al mar, saltando por la borda del barco negrero*, a partir del testimonio de Gardo Baquaqua, un esclavizado original de Djougou, llevado a Brasil en 1845 (Lovejoy 13-32); *Latigazos a un esclavizado en la cubierta de un barco negrero*, también inspirado en el testimonio de Gardo Baquaqua (Lovejoy 13-32); *Tres negros ahorcados en la manigua*, al ser el ahorcamiento la forma de darse muerte más práctica entre ellos (Pérez de la Riva 69); el *Esclavo marcado con el carimbo o calimbo*, al decir de Fernando Ortiz: “La carne se hinchaba enseguida y cuando los efectos de la quemadura pasaban, quedaba una cicatriz impresa en la piel que nada podía ya borrar” (Ortiz, 1975: 164-165); *Esclava abortando sola en medio de la manigua*; como explica Ugueto-Ponce: “Muchas se provocaban abortos porque no querían que sus cuerpos se convirtieran en otra de las herramientas perpetuadoras del sistema esclavista y para evitar que sus descendientes experimentaran la misma vida de sufrimiento y de explotación (167-68); *Esclavizada violada por un marinero en un barco negrero durante la travesía de África a América*, dibujo que nace de los testimonios que se recogen en la documentación del bergantín Jesús María, apresado por el inglés Rigdore (Ortiz 150); *Negras en el interior de una choza-barracón de esclavos en una plantación azucarera*, cuyo dibujo nace de la obra testimonial de Honorato Bernard de Chateausalins, médico francés al servicio de la sacarocracia cubana: “Los bohíos de los negros están en la mayor parte de las fincas en mal estado, llenos de agujeros por todas partes, colocados por lo regular en un paraje frío y elevado” (Chateausalins 43); *Esclava embarazada con un bulto de caña al hombre y el hijo ajilando las que quedan en el suelo del cañaveral*, porque “el estar embarazada y parir no eximía a las esclavas durante siglos de los duros trabajos a los que eran sometidas durante los meses de

embarazos, y menos aún de ser castigadas” (Sarmiento y González 130); *Esclava pariendo, asistida por otra negra, en medio de la manigua*: “En las áreas rurales, estas mujeres, desesperadas, en ocasiones rompían agua y parían por doquiera, dándose casos en que lo hacían dentro de los cañaverales, cafetales y otras dependencias agrícolas. Sin esto causar la mínima preocupación por parte de los mayores y contramayores (Sarmiento y González 134); *Latigazos a una mujer embarazada en un cañaveral*; siendo “Para las embarazadas y recién paridas, así como el resto de esclavizadas, los castigos fueron igualmente brutales y se aplicaron sin ninguna piedad, mostrándose con estos actos una mínima parte de lo más cruel dentro del amplio universo de la deshumanización de los esclavizados africanos en América” (Sarmiento y González, 2022: 139); *Azotes a un negro en el batey de un ingenio, en presencia de los demás esclavos*, ya que, “En las plantaciones azucareras horrorizaba tanto la sonoridad del látigo como escuchar al mayoral o contramayoral enunciar el dar un fuetazo o cuerazo (latigazo). Dolía tanto esta continua tensión síquica como los palos y latigazos dados a los esclavos por cualquier motivo” (Sarmiento y González 142); *Defensa de una esclava durante el acto de violación por parte del mayoral en un cañaveral*, ya que, “La violencia sexual sobre las esclavizadas por parte de los blancos, amos, mayores y demás esclavistas, en general, era continua, siendo ellas usadas como meros objetos sexuales”; *Esclavizada embarazada, encadenada a un árbol y sus extremidades inferiores enterradas en la tierra*, una variación del *cepo de cabeza*, donde la mujer era enterrada hasta la cintura, un dibujo inspirado en los testimonios recogidos por Ortiz (236); *Bocabajo a esclavizada embarazada*, también a partir de las descripciones que recoge Ortiz (1985) y de Esteban Montejó cuando dice “A las mujeres preñadas les daban cuero igual, pero acostadas boca abajo con un hoyo en la tierra para cuidarle la barriga. ¡Les daban una mano de cuerazos! Ahora, se cuidaban de no estropear el niño, porque ellos los querían a tutiplén” (Barnet 236); *Criaderos de criollos*, otras de las ilustraciones que nacen del testimonio de Chateusalins (59), más lo expresado por Camacho (3-18), Moreno Friginal (II, 128) y Pérez de la Riva (33); *Esclava abogando a su hijo recién nacido en el río*, ya que “Muchos de los infanticidios tenían la misma finalidad que los suicidios y abortos: no contribuir a perpetuar la esclavitud. Decisión dolorosa tomada por los progenitores, principalmente las madres, para evitar que los niños esclavos tuvieran que hacer frente a las duras condiciones que el sistema les imponía” (Sarmiento y González 164); y, *Esclava que lanza a su hijo recién nacido por un precipicio*, dibujo que nace de la lectura del cuento *La esclava Isabel*, “solo que, en este caso, la madre se deshace de su hijo. A Isabel su amo le propinó un latigazo al descubrir que daba de mamar al mismo tiempo al niño blanco y a su hijo negro; ella, enloquecida, gritando, se lanzó con ambos infantes en brazos por un barranco y perdieron la vida” (Sarmiento y González 170).

Conjugación de lo escrito con lo visual que Ismael Sarmiento y María González utilizan como metodología expositiva y que muestran y examinan desde lo “histórico-mutante”, focalizado en el pasado, pero invitándonos, desde lo propositivo, a encontrar sus dolorosas mutaciones en el presente. Insisto en que similares noticias y reportajes gráficos hoy nos llegan

de las migraciones de africanos que, desde la aspiración de vivir en un mundo mejor, son víctimas de engañosas promesas, de abusos y maltratos, a la usanza de los esclavizados negroafricanos desde los inicios del siglo XVI y hasta más allá de mitad del siglo XIX en el continente americano.